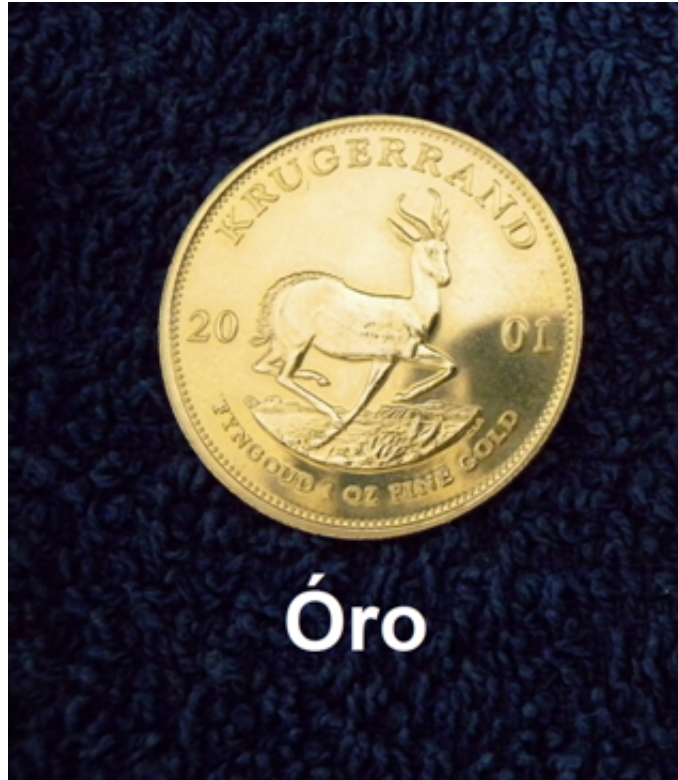

Oro

Vilaró, Emilio



La importancia de una pipa de fumar para otros planetas

Siempre me gustó el Señor Mína —Apellido muy acorde con su profesión—. Una vez lo tuve como profesor en un curso sobre «La historia de los recursos minerales en la Tierra». Esta charla, pronto derivó más en historias sobre «sus» minerales, que en un estudio serio sobre minería o economía. Pero lo pasábamos muy bien.

Como nunca más lo volvieron a invitar a dar clases o cursos en nuestra universidad, se dedicó a charlar sobre lo que más sabía. Los metales, en especial sobre el oro y sus aventuras personales.

Hace años, él había tenido una cierta notoriedad, por su vida aventurera en relación con ese noble metal. Había sido buscador de oro con cierto éxito, luego como traficante de este mineral, que lo

llevó a la cárcel y a la ruína. Más tarde como conferenciante sobre este tema.

Únos dicen, que algunos autores de novelas de aventura, se basan en él, como personaje aventurero y otros dicen que él, imita a esos escritos. Su pipa, que tanto sabía fumar (alargando su vida sin que se apagara durante toda la charla), le daba un aire interesante que siempre intentaba maximizar.

Le seguí en algunas de sus charlas, bastante amenas por cierto, en donde, además de dar algunos datos técnicos, añadía historias verídicas, más sus propias aventuras.

Casi siempre, al inicio de sus charlas, explicaba, previa pregunta a los asistentes, si tenían idea de la cantidad de oro que se había extraído desde los inicios de la humanidad.

Si sumamos los barcos traídos por los españoles, lo capturado por los piratas (habría que restarlo a lo anterior), los tesoros de las minas del rey Salomón (verídico o no), oro persa, griego, romano, el de California y Sudáfrica. Bueno, multiplicado por la cantidad de asistentes, el total no bajaba de llenar una gran ciudad.

Con una sonrisa y unos cuantos números, demostraba, ante la incrédula concurrencia, que no era para tanto. Todo el oro extraído desde siempre en el mundo, podía caber sin problemas en una gran nave industrial.

La discusión sobre este punto daba para tanto, que ya ocupaba la mitad de la charla.

El final de la conferencia, siempre la remataba, diciendo que había dejado de buscar oro. Lo que ahora quería, era cobrar en billetes, y recomendaba para tener muchos de ellos, algo tan simple como: el ahorro.

Preguntaba, una vez más, a la amable concurrencia, ¿cuánto creían, que se tendría ahora, si se hubiese depositado hace dos mil años, a un interés razonable, o el dinero bien invertido, el equivalente en ese tiempo de un Euro?

Al contrario de las respuestas anteriores, las sumas dadas, rondaban los cientos o hasta de miles de Euros. Alguno, muy atrevido, aseguraba que sería suficiente para vivir sin tener que trabajar en toda la vida.

Decía, 2000 años dividido por 10, es 200. Díez, aseguraba, son los años que se tarda en duplicar una cantidad bien invertida. Si no logras duplicar ese dinero en diez años, dedícate a otra cosa.

Siempre simplificaba las cifras, las hacía terminar en cero, para que todo quedase más claro.

Por tanto, la cantidad original, se habría duplicado más o menos unas doscientas veces, dependiendo del interés o beneficios.

Si ya, como con lo del juego del ajedrez, al duplicar un grano de trigo 64 veces (los cuadros del tablero), se necesitaría la producción mundial de ese grano. Si queremos duplicarlo hasta 100 veces, nos encontramos que no se ha producido tanto trigo en la historia. Así pues, 200 veces en el caso de la moneda, representaría, el valor de varias Lunas de oro sólido.

Totál, el que quiera mucho oro, que ahorre.

Una vez lo vi abandonar su charla y la sala, dejando solos a los presentes haciendo estos cálculos y enzarzados en tremendas discusiones.

Gran tipo el Señor Mína

* * *

El encuentro

Por esto, cuando ocurrió lo más sorprendente que haya pasado en mi vida, pensé al instante en él. Además, dió la casualidad que hacía unos días, había leído que iba a dar una charlas sobre el oro, en el Museo de Geología de mi ciudad.

Me presenté, cuando ya había terminado su charla (sus explicaciones las tenía archisabidas). El último de los que se quedaron a preguntarle algo, o a hablar con él, se estaba yendo.

Désde el fondo del auditorio, el encargado le indicó que se diése prisa, que iba a apagar las luces de la sala.

—Señor Mína, no se acordará usted de mí, fui alumno suyo en algunas de sus clases en la Universidad.

Me miró sin afirmár o negár náda.

Sé que ya no se interésa por la aventura del oro, aun así, ésto puéde despertár su curiosidád.

Púse sóbre la mésa dos cajítas de plástico. Su fórma redóna, ya indicába el contenido.

—Me dedíco a los billétes, díjo sin mirár las cajítas. Méenos pesádos y más fáciles de transportár, sóbre tódo si los tiénes en el báncó.

¿Cómo se lláma usted?

—Mis amígos me lláman Al, (Albéрто), Arizméndi.

—En éste moménto no puédo atenderle. He quedádo con únos amígos. Si me déja lo que ha traído, lo miraré. Podémos vérnos mañana a la misma hóra, al acabár la segúnda páрте de la chárta.

—Púés, hásta mañana profesór.

* * *

—¡Señor Mína!, esperába su llamáda. No ha tardádo múcho en localizárme y sin esperár a mañana.

—Ésto ha sído un gólpe bájo, —díjo.

Las dos monédas que me dió, son sorprendétes. No podrían ser fálsas, los dibújos son muy origináles, si bién un buén diseñadór no los podría habér hécho mejór.

La moneda de color oro, pesa menos de un gramo y la de color plata, pesa el doble que una equivalente de oro. Estos materiales no existen en la Tierra. Además, son durísimos, no he podido rayarlos, ni atacarlos con ningún ácido... son las monedas perfectas. Si bien no entiendo la razón por la cual, teniendo el mismo tamaño, una, sea cien veces más pesada que la otra.

Los dibujos, emblemas o caracteres, son de una elegancia suprema.

¿De dónde las ha sacado usted?

¿Por qué, algo de tanto valor me lo ha dado?

¿Tiene más?

—Todo a su tiempo. —Exclamé.

¿Le gusta a usted el chocolate con churros? —Le pregunté.

—Me gusta el chocolate... contestó un poco perplejo.

—Perfecto, yo me comeré su ración de churros, no hay que desaprovechar nada. Le espero pasado mañana a las siete en la churrería que hay debajo de su casa, y no haga planes.

* * *

No hablamos en todo el trayecto. Él comprendía. Era mi momento de esplendor y quería dejar que yo lo presentara a mi gusto. Durmió un rato, hasta que despertó cuando salíamos de la autopista en dirección a mi pueblo, Tortosa.

* * *

—Estaba en casa, —así comencé mi larga explicación—, la que usted ve desde aquí. Sentí un fuerte ruido, no alarmante, eso sí, muy diferente a cualquier sonido que haya escuchado en la vida. Primero fue como un silbido, luego el impacto.

Dió la casualidad que en ese momento estaba mirando por la ventana y pude ver un resplandor. Pensé, había sido la luz de los faros de un coche, o una moto que había caído desde la carretera de más arriba. Cogí una linterna y me acerqué por si tenía que ofrecer o pedir ayuda.

Hice lo que ahora estamos haciendo nosotros, si bien de noche.

El profesor, sin ocultar su interés, no preguntaba nada. Creo que se estaba reservando.

No vi nada, la oscuridad era tremenda y lo que había causado el resplandor no era visible, además, era noche cerrada y sin luna.

Al darme por rendido, y hacer el gesto de irme a casa, noté una vibración, como si algo intentase ponerse en movimiento. Entonces lo vi, era grande, hubiese dicho que parecía un enorme gusano de luz. Me acostumbre a esa iluminación tenue y sin usar mi linterna pude ver que era como un meteorito ovalado, medio enterrado. Debía medir unos cinco metros en su extremo más largo. Poco a poco, una parte de él, se estaba haciendo transparente.

No debía diferenciarse mucho, del típico meteorito de hierro o níquel, pero era más grande.

Interrumpí mi explicación al llegar al sitio deseado. El Señor Mina me ayudó a retirar las ramas que cubrían el meteoro. Seguí con el relato.

Me acerqué a la parte transparente. Diría que sería lo equivalente a la cabina de mando de un vehículo espacial. Vi una inmensa cantidad de monedas en su interior, de dos colores y de igual tamaño. ¡Qué pérfidos!, de oro y plata.

Estaba claro, era una invitación abierta a tomarlas. ¿Era el cuerpo espacial una trampa, las monedas el cebo?, y yo, incauto de mí, ¿la presa?

Mi percepción de peligro era enorme, si bien, la curiosidad era mayor. Nunca tendría otra oportunidad así. Somos tan poca cosa en este mundo, una ocasión como esta no la podía desaprovechar. Mañana, tal vez alguien venga, o hasta puede que ya lo estén buscando y este suceso, habrá pasado por delante de mis narices, la mejor oportunidad en mi vida de hacerme famoso y la habré dejado escapar.

Traté de localizár algúna abertúra, agujéro o manéra de abrir el meteoríto. ¡Qué emocionánte!, péro no había náda. Retiré con las mãos, pára dejárló más destapádo, álgo de la tierra y hójas que lo cubrían, y ver si por ahí, había úna entráda.

Las monédas sólo ocupában el sectór fosforescénte del meteoríto. No púde resistír más, toqué ésa superfície transparénte e ilumináda. Se abrió. Buéno, en realidád no se abrió náda, se hízo como un agujéro, como si lo que estába encíma de las monédas se hubiése disuélto, como si núnca hubiése estádo tapádo.

No me atreví a ponér las mãos déntro. Cogí un par de ramítas, y extráje úna monéda. La doráda priméro. ¡Qué desilusión! No pesába náda, como si fuése de alumínio o fálssa. ¡Lo que me faltába! Monédas falsificádas del espácio exterior.

El Señor Mína, escuchába. Seguía mi aclaración aténtamente sin preguntár náda.

Continué.

Aun así éra úna monéda... sin lugar a dudas. Con bellísimos garabátos. A pléna luz del día se verían mejór. Éstos símbolos no me decían náda, si bién éran muy elegántes. Por el cánto había más caractéres, ordenádos y contínuos.

Cogí úna monéda de pláta. ¡Qué péso!, múcho más que si hubiése sído de óro. Los «escritos», cási iguáles a la de colór de óro.

La «puérta» se cerró. Volví a tocárla y se reabrió.

No púde resistírme. Cuando me dan álgo, lo téngo que tomár. Estába cláro, éra un ofrecimiéto, ésto no éra un cófre escondído, sepultádo y selládo. Aquí decían: tómame.

Púse las mãos y retiré... únas cuatrociéntas piézas en totál.

Al quedár vacío el espácio de las monédas, vi que en el fónido había tres bárras como de metal, estában cruzádas. Jústo debájo de las tres bárras y sóbre el suélo, un pequéño montícúlo.

Las paredes estaban cubiertas de caracteres o símbolos similares a los de las monedas. No había duda, era un mensaje, pero yo, no lo podía entender.

Entre tanto «texto», sólo había un dibujo. El de las tres barras. Querían decir o pedir algo, sin embargo, no habían usado un buen sistema para explicarlo.

Al principio pensé, las tres barras serían para que las monedas no se moviesen, sin embargo no tenía mucho sentido.

Tapé el meteorito con ramas. Quedó bastante bien escondido. Como nadie pasa por ese lado de la propiedad, estaba seguro, nadie lo encontraría. Y vine a buscarlo a usted.

* * *

Por esto le he invitado a venir Señor Mína. No sé, ¿qué es este objeto? Me da la impresión que piden algo a cambio de las monedas, si bien no he logrado entenderlo, ni creo que lo podamos descifrar.

—¿Tiene fuego? —dijo, suspirando.

—¡Dios mío! ¡Lo más interesante que ha ocurrido a esta humanidad, y usted quiere ponerse a fumar su famosa pipa!

Le doy mi encendedor, lo rechaza. Busca en su chaqueta esas cerillas largas de madera, elegantes e ideales para encender la pipa que él siempre usó.

Puso la mano sobre el meteorito y se abrió. Encendió la cerilla, la acercó a la base de las tres barras justo encima del pequeño montículo.

El punto se puso incandescente y los tres «pálos» comenzaron a arder.

El agujero se cerró. A pesar de la falta de oxígeno, el fuego seguía ardiendo, representaba sin duda una fogata...

—Si lo hubiésen pintádo así, con llámas, —Le díje, lo hubiése entendído al instánte.

El Señor Mína volvió a abrir el agujéro. Con un gésto solémne, púso al ládo del fuégo su pípa, bién cargáda de tabáco (péro sin encendér), úna monéda de un éuro, y luégo pensándolo múcho, séis ceríllas lo más apartádas del fuégo que púdo. Supúse que ésto sería lo más importánte que él podía aportár en éste mométo.

El meteoríto se cerró, ahóra sí con un ruído más fuérte. Intenté abrirlo úna vez más pasándo la máno por encíma, péro no se abrió.

Comenzámos a notár que tódo él se comenzába a cristalizár, haciéndose trasparénte. Al cábo de un ráto. A pesár de que la «puérta» estába cerráda, la lláma seguía encendída.

Ahóra la trasparéncia éra totál, «la náve» parecía que quisiéra sacudírse, y vibrába. La póca tierra que cubría su páрте superiór cayó, dejándola despejáda.

Nos retirámos un póco, algo importánte íba a ocurrír.

El Señor Mína púso su brázo sóbre mi hombro, buscó su pípa en el bolsílllo con un gésto automático, sonrió al ver que por el mométo no podría fumar.

La náve se levantó, se púso a la altúra de nuéstrs ójos, cómo si nos miráse y grabáse duránte únos segúndos.

Tódo el meteoríto volvió a solidificárse, dejándo sólo la lláma visíble como si fuése la sála de mándos de úna astronáve.

Se elevó con suavidad, luégo más rápido y al fin desapareció.

—Albérto. Amígo mío, —díjo con voz solémne. El probléma de los planéttas que piérden el fuégo, es cáda vez más frecuénte y acuciánte... Le miré alucinándo. No súpé qué decír, cási me póngo a reír.

—Señór Mína, compréndo lo de ponér las ceríllas, por si se les vuélve a apagár el fuégo en su

planéta. Lo de la monéda, no compénsa péro es un detálle. Péro, lo que no entiéndo es lo de su pípa.

—Quisiéra sabér, ¿a dónde se diríge?, —díjo el Señor Mína.

—Buéno, sonreí. Tomé algúnas fótos de la náve, de los téxtos, y de las monédas. La cámara de seguridád de la fínca ha gravádo el moménto del descénso. ¿Crée que nos podrá dar algúna idéa?

—Al, con las ceríllas, podrán encendér la pípa. Si tiénen suficiénte tabáco y sabén fumar, la podrán mantenér siémpre encendída. No te preocupés, volverán a por tabáco, y entónces, les preguntarémos.